

XI. CONFORMAR LA PROPIA VIDA CON EL MISTERIO DE LA CRUZ DEL SEÑOR

El día en que seáis ordenados presbíteros, el obispo, al entregaros la patena y el cáliz con las ofrendas os dirá estas palabras:

"Recibe la ofrenda del pueblo santo para presentarla a Dios. Considera lo que realizas e imita lo que conmemoras, y conforma tu vida con el misterio de la cruz del Señor".

En este retiro de cuaresma os invito a que meditemos juntos el significado profundo de estas palabras, y el alcance que tienen para nuestra vida en este período de preparación para el ministerio.

Todo lo que voy a deciros pretende ser una motivación para que cada uno se haga personalmente dos preguntas:

- ¿Imitamos lo que conmemoramos cada día en la celebración de la Eucaristía"
- ¿Vamos conformando nuestra vida con el misterio de la cruz del Señor?

Puede que las dificultades para configurarnos con el Señor en la figura del Siervo sean hoy mayores que en otras épocas. Señalo solo algunas que subrayan los estudios recientes sobre la juventud española ¹

- La generación de los que tenéis entre 15 y 30 años ha sido calificada como "una generación poco sacrificial". Acosada por el hedonismo y el consumismo, y educada en el seno de una familia permisiva, la juventud de hoy tiene menos capacidad de sacrificio que las de otras épocas.
- Suele señalarse también, como rasgo característico de esta generación la prevalencia del sujeto frente al objeto, que implica una concepción de la libertad centrada en el yo carente de normas éticas, y un subjetivismo que relativiza los valores absolutos. Se dice que es una generación sin brújula, que se deja orientar por la veleta de la opinión pública.
- Otro rasgo de la generación juvenil postmoderna es la prevalencia del fragmento frente al todo. En términos de proyecto personal esta valoración de lo fragmentario se traduce en el presentismo, que hace más difícil concebir el futuro como un proyecto. La valoración de lo fragmentario tiene también consecuencias en el ámbito de los valores y de la vivencia religiosa, pues favorece una religión "a la carta", o como otros dicen "de bricolage".

Estos son sólo algunos rasgos. No pretendo hablaros sobre una realidad que vosotras conocéis mejor que yo. Tan sólo quiero situar el compromiso que vais a adquirir y para el que os estáis preparando en un marco realista. Conformar la propia vida con el misterio de la cruz del Señor tiene hoy connotaciones y exigencias muy

¹José Luis Moreno, Seminarios 147 (1998) 39-98.
González Auleo, Discurso Sto. Tomás, 1998, UPSA.

peculiares, que deben hacernos buscar con mayor intensidad la coherencia entre el ejercicio del ministerio y la vida.

En este marco sitúo las propuestas de reflexión y meditación que os ofrezco a continuación. Creo que hoy, como en otras épocas, es saludable volver sobre el testimonio del Nuevo Testamento que habla sobre cómo vivió Jesús este misterio y como lo asimilaron sus discípulos.

1) Comienzo por algunos textos, que reflejan una reflexión madura de los primeros cristianos. En ellos, el misterio de la cruz del Señor aparece como un misterio de amor y de obediencia.

En la carta a los Gálatas, San Pablo revela cómo ha entendido él la entrega de Jesús.

"Ya no vivo yo, es Cristo quien vive en mí. Ahora, en mi vida mortal, vivo de la fe en el Hijo de Dios que me amó y se entregó por mí" (Gal 2,20)

La misma convicción aparece en el evangelio y las cartas de Juan, aunque con un carácter más universal:

"Tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo único, para que todo el que crea no perezca, sino que tenga vida eterna" (Jn 3,16).

El misterio de la cruz del Señor es, en primer lugar, un misterio de amor, y su origen está en el misterio de **amor** de la Trinidad. Configurar la propia vida con él supone entrar antes en este misterio.

En segundo lugar, el misterio de la cruz del Señor es un misterio de **obediencia**. Los primeros cristianos, en uno de los himnos más antiguos que conocemos lo expresaron diciendo que Cristo "se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte y una muerte de cruz" (Flp 2,8). El himno de Filipenses describe el vaciamiento de Jesús como un acto de obediencia.

En la carta a los Hebreos también se describe la entrega de Jesús como un acto de obediencia, o mejor como un proceso en el que su condición de Hijo obediente llegó a plenitud, pues él "aunque era Hijo" y por tanto obediente a su Padre, "conoció por sus sufrimientos la obediencia" (Heb 5,8).

Los evangelios presentan toda la vida de Jesús como un misterio de obediencia ya desde las tentaciones, y sobre todo en el relato de la pasión. Jesús asumió su muerte por obediencia al Padre, y sólo desde esta misma actitud es posible configurar la propia vida con el misterio de la Cruz del Señor.

El misterio de la cruz es un misterio de amor y de obediencia. Así lo entendieron los primeros cristianos. Por la obediencia a la voluntad del Padre Jesús asumió y realizó el proyecto de amor que brota de la Trinidad.

2) ¿Cómo vivió Jesús este misterio de amor y de obediencia?

Quizás el pasaje que mejor describe su vivencia sea el de su oración en el huerto de Getsemaní (Mc 14,32-42). Sin embargo este momento crucial de los últimos días de Jesús está relacionado con otros dos: el de la cena con sus discípulos antes de padecer (Mc 14,22-25) y el de su muerte en el calvario (Mc 15,22-37).

Getsemaní es una etapa obligada en el camino que va desde el Cenáculo al Calvario (carta del Papa Juan Pablo II a los sacerdotes para el Jueves Santo de 1987). Hay en estos tres momentos un proceso que puede ayudarnos a entender cómo vivió Jesús su propia entrega, un proceso que nosotros hemos de rehacer constantemente si queremos configurar nuestra vida con el misterio de la cruz del Señor.

El Cenáculo. Jesús celebra con sus discípulos una cena en la que resume su vida y anticipa el sentido de su muerte. La celebración de la Eucaristía es, al mismo tiempo, testamento y anticipo. Testamento que condensa su vida. Anticipo que prefigura y descifra su muerte.

En la celebración de la Eucaristía hacemos presente esta entrega de Jesús, y al participar en ella nos comprometemos a vivir en nuestra vida esta misma entrega por los demás.

Getsemaní. Jesús no pasa directamente del Cenáculo al Calvario. Para realizar existencialmente la entrega anticipada en la cena es necesario asumir la voluntad de Dios totalmente, y esto solo es posible en la oración. La oración de Jesús en Getsemaní es una lucha entre la propia voluntad, el propio proyecto, y la aceptación del proyecto de Dios.

"Abba, tú lo puedes todo. Aparta de mí esta copa de amargura, pero no se haga lo que yo quiero, sino lo que quieres tú" (Mc 14,36).

Para lograr la unidad entre la celebración y la vida de la que hablan las palabras de la ordenación es necesario que la celebración de la Eucaristía vaya seguida de largos ratos de oración en los que busquemos y asumamos la voluntad del Señor. Muchas veces esta oración será una lucha entre nuestros proyectos y los de Dios, pero solo así podremos transformar nuestra mente y buscar lo que Dios quiere. Es en este momento donde nos configuramos con la obediencia de Jesús.

El Calvario. Con el arresto de Jesús en Getsemaní comienza el camino de Jesús hacia la cruz. Jesús asume libremente este camino. No es Judas quien le entrega, sino que es él mismo quien se entrega (Gal 2,20), o mejor aun, en última instancia es el Padre quien le entrega (Jn 3,16). En el Calvario Jesús vive lo que había anticipado en la cena con sus discípulos y lo que había asumido en la oración. Sin estos dos momentos la muerte de Jesús no sería su entrega por nosotros sino una fatalidad. Los primeros cristianos contemplaron largamente este misterio y descubrieron que la cruz no fue el patíbulo de Jesús, sino su trono (Juan) un trono desde el que proclama el servicio y la entrega de sí mismo.

Para nosotros el Calvario representa la vida concreta en la que realizamos lo que celebramos comunitariamente en la eucaristía y asumimos personalmente en la

oración. Son tres momentos que se requieren mutuamente. En la celebración de la eucaristía recibimos como don el misterio de la cruz del Señor. En la oración lo interiorizamos y lo asumimos. En la vida lo hacemos presente con gestos concretos de amor, servicio y entrega a los demás. En estos tres momentos que se repiten día a día vamos configurando nuestra vida con el misterio de la cruz del Señor.

3) El Nuevo Testamento nos recuerda que los discípulos del Señor estamos llamados a vivir en nuestras vidas este mismo misterio. De una manera especial aquellos que ejercen el ministerio apostólico. Pablo, hablando de la experiencia de los que anuncian el evangelio afirma: "llevamos en nosotros la muerte de Jesús" (2 Cor 4,10; cfr Flp 3,7-10). Voy a recordaros brevemente la instrucción de Jesús a sus discípulos que Marcos ha situado después de los anuncios de la pasión. Son relevantes para nosotros porque parece que se trata de instrucciones para los pastores de la comunidad. Son orientaciones concretas para expresar en el ministerio pastoral el misterio de la cruz de Jesús.

El marco en que deben situarse es el ejemplo de Jesús, que "no ha venido a ser servido, sino a servir y a dar su vida en rescate por todos" (Mc 10,45).

Son palabras de Jesús que ya conoció y que habéis meditado muchas veces. Sólo os las recuerdo para que las situéis en este contexto.

Mc 8,34-35: "Si alguno quiere venir detrás de mí, que renuncie a sí mismo, que cargue con su cruz y que me siga. Porque el que quiera salvar su vida la perderá, pero el que pierda su vida por mí y por el evangelio la salvará".

Mc 9,35: "El que quiera ser el primero, que sea el último de todos y el servidor de todos".

Mc 10,43b-44: "El que quiera ser grande entre vosotros, que sea vuestro servidor, y el que quiera ser el primero entre vosotros que sea esclavo de todos".

Son, sobre todo las dos últimas, recomendaciones para los líderes de la comunidad, que a veces se creen los primeros y los más importantes. Jesús les recuerda que deben entender su ministerio en términos de entrega de la propia vida, haciéndose esclavos y servidores de los demás, imitando su propio ejemplo. Son representación de Cristo pastor que convoca, congrega y conduce, pero lo son asumiendo la figura del siervo que el mismo Jesús encarnó y expresó paradigmáticamente en su entrega por todos. Por eso los pastores están llamados especialmente a configurar su vida con el misterio de la cruz del Señor. Estas palabras de Jesús son especialmente relevantes para nosotros, sacerdotes y seminaristas, llamados a ser Pastores con el estilo del Siervo.

4) El misterio de la cruz del Señor con el que hemos de configurar nuestras vidas es lo que hoy se llamaría un "valor fuerte", que contrasta con lo que hoy suele llamarse el "pensamiento débil"; un pensamiento y una filosofía de la vida que nos propone valores fragmentarios y acoplables entre sí, que recela ante cualquier intromisión en la propia libertad y ante los proyectos de futuro.

La vocación al sacerdocio, como proyecto de vida en el que se renuncia a la propia libertad para hacer la voluntad de Dios durante toda la vida, supone en cierto

modo ir contra-corriente. Quienes deciden configurar su vida con el misterio de la cruz del Señor encuentran muchas dificultades dentro y fuera de sí.

A pesar de estas circunstancias, la Iglesia mantiene también hoy con claridad la propuesta de este estilo de vida, de esta vocación de servicio y entrega. Hay una categoría teológico-espiritual en el Concilio y en la exhortación postsinodal PDV que unifica toda la vida del presbítero como expresión de obediencia a Dios y de amor al rebaño confiado. Me refiero a la caridad pastoral. Creo que esta categoría recoge perfectamente lo que el Nuevo Testamento dice acerca de cómo los pastores deben vivir el misterio de la cruz del Señor.

Permitidme citar dos pasajes, uno del Concilio y otro de PDV donde aparecen algunas de las notas que he mencionado:

- P.O. 14: "A decir verdad... misterio de Cristo"
 - Buscar la voluntad del Padre
 - Don de sí mismos por el rebaño
 - Celebración - Oración - Vida

- PDV 23. Pasaje marcado.
 - Don de sí mismo
 - Imitando a Cristo
 - Para la Iglesia: *amoris officium*

La espiritualidad propia del presbítero diocesano brota de su mismo ministerio: de la celebración de la eucaristía, de la oración y del servicio a la comunidad. En todos estos momentos ejerce la caridad pastoral, y al ejercerla como "*amoris officium*" se va configurando cada vez más plenamente con el misterio de la cruz del Señor.

ORACION